



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## LA ÉPOCA CRÍTICA DE LA NUEVA ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS HISTORIADORES

JORGE ALBERTO MANRIQUE

Las letras son alas: cada uno mire cómo vuela con ellas.

(A. Dávila Padilla: *Historia de la fundación y discurso* . . . 575).

Entre los historiadores mexicanos de los siglos *xvi* y *xvii*, han sido muy vistos, muy estudiados, muy manoseados los primeros grandes escritores, desde Cortés hasta Sahagún, pasando por Motolinía, Bernal Díaz, Gómara y toda la pléyade de autores que se refieren ya a las antigüedades de los indios prehispánicos, ya a las circunstanciales, peripecias y acontecimientos de la Conquista. Se les conoce bien. No, ciertamente, que no haya todavía mucho que hacer sobre ellos, como muy recientemente nos lo muestra el empeño de algunos estudiosos;<sup>1</sup> a poco que se rasque, se advierte que no están tan bien leídos como se había supuesto, que sobre ellos se han hecho y repetido muchas afirmaciones que no resisten una crítica cuidadosa y que, a fin de cuentas, cada vez se hacen más necesarias ediciones críticas, serias, académicas de esas obras. Pero lo dicho no mengua, ni el prestigio de aquellos historiadores, ni el hecho de que sean mucho más conocidos que los que les siguieron o se ocuparon de otros temas.

Sin duda dos criterios han sido la base para colocar a tales autores en el pedestal que ocupan: el de su *veracidad* y el de su *originalidad*. Se supone que en la gran mayoría de los casos nos dicen la “verdad” de lo que pasó (y para esto no se entra en demasiadas honduras sobre cuáles pueden ser los parámetros que la determinen) y que, además, son los “primeros” que nos la dicen. Por este camino se llega a curiosas conclusiones; valga de ejemplo el hecho de elevar a Bernal Díaz, para lo que se refiere a los acontecimientos de la Conquista, muy por encima de Gómara: se sabe que Bernal, juez y parte, tiene una visión interesada, pero eso no es obstáculo para que *a priori* se le suponga más veraz que el capellán de Cortés, puesto que estuvo presente en los hechos que relata y fue actor de ellos. Y respecto al criterio de origina-

<sup>1</sup> Me refiero a, v. gr., el trabajo que desde hace algunos años han realizado con tanto fruto Ángel Ma. Garibay (q.e.p.d.), Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin sobre la obra de los informantes de Sahagún; o a la nueva visión que de Motolinía está empeñado en darnos Edmundo O’Gorman: o a la que ya nos dio de Las Casas en su edición de la *Apologética*.

lidad, basta hacer referencia al desprecio con que se consideran los autores que “copiaron” de fuentes anteriores; no se les quita el sambenito de plagiarios, incapaces de ningún valor, puesto que repiten lo que ya otros (los primeros, los originales) habían investigado. Su crimen no para ahí: al repetir lo dicho por otros se permiten modificarlo, adobarlo, decirlo “a su manera”; es decir, lo falsean.

Quizá el ejemplo mejor que puede traerse a cuento sobre estos modos de juzgar nuestra historiografía colonial es el interesante libro *Estudios de historiografía de la Nueva España*, publicado hace algo más de veinte años por El Colegio de México, que reúne trabajos de los entonces jóvenes egresados de esa institución.<sup>2</sup> El ejemplo es válido, porque se trata de estudios serios, hechos cuidadosamente y con entusiasmo. Válido también porque, a pesar de algunos atisbos aislados, la tónica de la actual apreciación de aquellos viejos historiadores sigue, creo, siendo la misma. Ahí, en la introducción de Ramón Iglesia, que fue quien dirigió los estudios de referencia y quien los avala, puede leerse que “Muñoz Camargo podría haberse quedado muy a gusto en su oscuro rincón sin que perdiéramos gran cosa”, que “casi lo mismo puede decirse de Dorantes de Carranza...”, y que “los elogios que se les vienen tributando (a otros)... proceden tan sólo de que nadie hasta ahora había sometido sus textos a exámenes tan minuciosos”.<sup>3</sup> Sus discípulos le siguen: “...Aquí el historiador no encontrará nada más que una transcripción... desaliñada, interpolada... una crónica de valor casi nulo...”, “más que la verdad de los hechos y la justeza de la narración, le interesaba el provecho que con ellas podía obtener...”; “la obra en conjunto nos aleja de la verdad en lugar de acercarnos a ella...” y suma y sigue.<sup>4</sup>

Creo, en verdad, que esos criterios de apreciación siguen siendo actuantes en nuestra historiografía. (Y al decir “nuestra historiografía” no me refiero sólo a la mexicana, sino a la de nuestros días.) Así, se puede establecer una gradación de valores, según lo que se concede a cada historiador. En un primerísimo grupo estarían los autores que *vieron* los hechos, a los que se da normalmente la máxima aceptación;

<sup>2</sup> *Estudios de historiografía de la Nueva España*, introducción de Ramón Iglesia, México, El Colegio de México, 1945. Reúne los siguientes trabajos: Hugo Díaz-Thomé, “Francisco Cervantes de Salazar y su *Crónica de la Conquista de la Nueva España*”; Fernando B. Sandoval, “La relación de la conquista de México en la *Historia* de Fray Diego Durán”; Manuel Carrera Stampa, “Algunos aspectos de la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo”; Carlos Bosch García, “La conquista de México de las *Décadas* de Antonio de Herrera y Tordesillas”; Ernesto de la Torre Villar, “Baltazar Dorantes de Carranza y la *Sumaria Relación*”; Enriqueta López Lira, “*La Historia de la Conquista de México* de don Antonio de Solís”; Julio Le Riverand, “*La Historia Antigua de México* del padre Francisco Javier Clavijero”.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, introducción, pp. 11 y 14.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, pp. 42, 211, 283.

se trata del “valor testimonio-verdad”; Hernán Cortés<sup>5</sup> y Bernal Díaz del Castillo<sup>6</sup> ocuparían los primeros lugares, y vendrían seguidos de autores como Tapia<sup>7</sup> y el Conquistador Anónimo<sup>8</sup> —a quienes se concede menos importancia en razón de lo limitado y fragmentario de sus escritos—; bastante más abajo de ellos se colocaría Gómara<sup>9</sup> que no fue testigo, pero que estuvo cerca de testigos, lo que le da una valiosa aura, si bien arruinada por el hecho de obedecer a “mezquinos intereses”; en esa misma línea, pero ya revolcado en el desprestigio, estaría después Cervantes de Salazar,<sup>10</sup> que ni fue testigo, ni estuvo cerca de los actores, que es posterior en tiempo, obedecía también a intereses mezquinos y que, además, fue tan irresponsable de adobar a su modo muchos datos que tomó de otros autores; en fin, ya en las profundidades del averno, está un lugar reservado a Solís<sup>11</sup> a quien muy pocos historiadores actuales se atreven a tomar en serio.<sup>12</sup>

En otro grupo estarían los *primeros* que se ocuparon de la cultura indígena, que recogieron informaciones sobre ella de sus moribundos representantes, y que tuvieron el cuidado de escribirla y la suerte de que se conservara. Muy importante es el que se refieran a tal tema, pero parece incluso más importante el hecho de que fueron los primeros que lo hicieron; se trata aquí del “valor originalidad”. Motolinía<sup>13</sup> encabezaría este grupo, porque, con excepción del perdido Olmos,<sup>14</sup>

<sup>5</sup> Hernán Cortés: *Cartas de Relación*, *passim*.

<sup>6</sup> Bernal Díaz del Castillo: *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Robredo, 1939.

<sup>7</sup> Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios...*, edición de Jorge Gurría Lacroix, México Robredo, 1953.

<sup>8</sup> La relación del llamado “conquistador Anónimo” en *Colección de documentos para la Historia de México*, editada por Joaquín García Icazbalceta, México, 1858-1866.

<sup>9</sup> Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Robredo, 1943.

<sup>10</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de Nueva España*, vol. I, Madrid, 1914; vols. II y III, México, 1936.

<sup>11</sup> Antonio de Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México, población y progreso de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*. Madrid, Imprenta de don Antonio de Sancha, 1783-1784. La primera edición es de 1684.)

<sup>12</sup> Pienso en el prólogo de Edmundo O’Gorman a la más reciente edición de Solís (México, Porrúa, 1968, prólogo de E. O’G., notas de José Valero Silva), como una de las excepciones.

<sup>13</sup> Fray Toribio de Motolinía o de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, en *Colección de documentos para la historia de México*, editada por Joaquín García Icazbalceta, México, 1858-1866, I, pp. 3-249.

<sup>14</sup> Sobre la pérdida “Relación” de fray Andrés de Olmos puede verse Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria...*, cap. 224; y Gerónimo de Mendieta: *Historia eclesiástica indiana*, lib. II, “Prólogo al cristiano lector”. Puede, para una discusión moderna, consultarse Las Casas: *Los indios de México y Nueva España*. *Antología*, edición, prólogo y notas de Edmundo O’Gorman, con la co-

nadie le precede en tiempo y porque dedica no poco espacio a las culturas antiguas; estaría muy de cerca seguido por Sahagún,<sup>15</sup> que bien posterior en tiempo, lo supera en abundancia y en método;<sup>16</sup> no muy lejos de ellos estarían Durán, Ixtlixóchitl y Muñón Chimalpahin,<sup>17</sup> el uno por ser original, los otros porque, aunque sus escritos sean menos estructurados, tienen la ventaja de ser indios, lo que les da un cierto carácter de “testigos”. Zurita,<sup>18</sup> por haber copiado tanto a Motolinía, tiene un sitio bastante más bajo, y Mendieta y Torquemada<sup>19</sup> quedan cerca del sótano, pues no resultan ya casi nada originales. Y todavía después de ellos vendrían gente como Muñoz Camargo y Dorantes de Carranza:<sup>20</sup> sobre ser muy tardíos —lo que los convierte en repetidores de otras fuentes— están afectados del vicio de la parcialidad, uno encargado de ensalzar la república tlaxcalteca para conseguir preeminencias y fueros, el otro dedicado a escribir con el único fin de conseguir empleos reales.

En fin, un tercer grupo, ya francamente despreciado todo él, es el de los cronistas oficiales de las órdenes religiosas. Con excepción de algún cronista temprano, como Motolinía, que es apreciado justamente por temprano, según el valor “originalidad” que he explicado; y con

laboración de J. A. Manrique, México, Porrúa, 1966, en las notas 104, 182, 206, 230, 242, 260 y especialmente 241.

<sup>15</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de Angel María Garibay K., México, Porrúa, 1956.

<sup>16</sup> Sobre el método empleado por Sahagún han abundado en sus estudios Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin; pueden verse, entre otros, del primero su introducción a *Ritos, sacerdotes y atavios de los dioses*, México, UNAM, 1958; del segundo la suya a *Augurios y abusiones*, México, UNAM, 1969.

<sup>17</sup> Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, edición de José F. Ramírez, Imp. de J. M. Andrade y Escalante, 1867-1880. Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, edición de Alfredo Chavero, México, 1892. Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhthlehuantzin, *Annales. Sixième et septième relations*, edición de Rémi Simeón, París, 1889; y *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, edición de Silvia Rendón, México, 1965.

<sup>18</sup> Alonso de Zurita o Zurita, *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España*, en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, editada por Joaquín García Icazbalceta, México, Impr. Díaz de León, 1886-1892.

<sup>19</sup> Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Impr. Díaz de León, 1870. Fray Juan de Torquemada, *Primera (segunda y tercera) parte de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana . . .*, Sevilla, 1615.

<sup>20</sup> Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, editada por Alfredo Chavero, México, Secretaría de Fomento, 1892. Baltazar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de Nueva España, con noticia individual de los descendientes de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, la publica por primera vez el Museo Nacional de México, paleografiado del original por el señor don José María de Agreda, prólogo de Luis González Obregón, México, Impr. del Museo Nacional, 1902.

excepción de algunos como Mendieta y Torquemada, ya vistos con más sospecha pero que parecen atendibles por lo mucho de sus escritos que está dedicado a las antiguallas de los indios, los frailes cronistas tardíos no gozan de mayor crédito. Aun en el caso, más bien raro, de que un historiador actual acuda a ellos para obtener tal o cual pequeño dato (que sólo para esto se les utiliza), casi nunca lo hace sin aprovechar darle un coscorrón, tachándolo ya de "farragoso", ya de "ingenuo", ya francamente de "inútil".

Con poco que reflexione uno, advierte que los criterios para juzgar de nuestra historiografía de los siglos xvi y xvii, y para conceder y perdonar vidas según el cuadro esquemático que queda hecho en los párrafos anteriores, son, en realidad, los viejos criterios clásicos de la historia científicista y positivista: su tan conocida crítica de las fuentes. Los valores "veracidad-testimonio" y "originalidad" son de hecho valores de la historia positivista.<sup>21</sup> Hacerse esta reflexión no deja de tener interés. Tiende uno a pensar que ciertas formas de historiar ya están o caducas o suficientemente desprestigiadas, después de todo lo que en el panorama de la teoría de la historia se ha dado en lo que va de nuestro siglo; pero a poco advierte que en realidad, la historiografía positivista no ha muerto, sino que subsiste, si bien vergonzante, disfrazada con las ropas de historia económica o de estructuralismo, o de lo que se quiera.

Si se acepta, aunque sea sólo en lo general, el esquema de graduación de valores que aquí se ha expuesto, es muy fácil comprender que los historiadores y cronistas mexicanos de finales del siglo xvi y principios del xvii se encuentran, frente al común de los estudiosos actuales, en bastante mala situación. No fueron veraces testigos, ni fueron los primeros en dar cuenta de la cultura prehispánica, y esto ya es suficiente para que se les conceda muy poco crédito.

Para colmo de males estos pobres historiadores tardíos tienen todavía una tacha más: la falta de interés de los temas que tratan. Aunque se encontrará en sus obras alguna referencia al suceso de la Conquista, y aunque siempre haya también algo referente a las antigüedades de los indios, no son siempre la parte más voluminosa de su obra (amén de que siempre resultan de segunda mano). El hecho de que sean religiosos apologistas de sus respectivas órdenes, o mestizos ambiciosos de reconocimiento, o descendientes de conquistadores pedigüeños de empleos acaba con lo poco que pudieran tener de prestigio. El curioso que cada día que, por casualidad, los lee, encuentra que tal

<sup>21</sup> Entre la numerosísima literatura sobre la historiografía positivista, científicista y "crítica", puede consultarse Herry Elmer Barnes, *A History of Historical Writing*, Nueva York, Dover, 1962, cap. x, pp. 239-276; para una crítica a la crítica de fuentes de esa historia, puede consultarse la demoledora de Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, especialmente Primera Parte, II, 3 y 4, pp. 54-100.

o cual dato está tomado de otro autor, se soba las manos de contento: queda demostrado una vez más que se trata de un plagiarío indigno de crédito.

Y bien, quizá justamente las que han sido tradicionalmente consideradas deficiencias de estos historiadores tardíos puedan, con otra perspectiva, convertirse en sus cualidades.

Esto es, si no se atiende exclusivamente a su cualidad de “no testigos”, y no se usa el problemático valor de “veracidad-testimonio” como único parámetro para medirlos.

Si, por otra parte, no se atiende sólo a su no originalidad; es decir, si deja de preocupar el hecho de que hayan copiado y, en cambio, preocupa el hecho, fundamentalísimo, de *cómo* copiaron. Aun en el caso de que pueda decirse que al inspirarse en otras fuentes distorsionaron la verdad, si lo que interesa no es tanto el que la hayan distorsionado, sino la forma en que la distorsionaron. (Y aquí, obviamente, queda implícito el decir que, si torcieron la verdad fue *para* encontrar otra verdad: su verdad.)

En fin, sus “defectos” pueden convertirse quizá en cualidades si se atiende, por lo tanto, a la visión que estos tardíos escritores pueden darnos, no de un pasado ya para ellos remoto, sino de su propio mundo: del mundo que les tocó vivir a fines del siglo xvi y principios del xvii. O si se atiende a la perspectiva con que ellos miraban aquellos hechos pasados, los del mundo prehispánico, los de la Conquista, los de la primera colonización y la primera evangelización, pero no tanto por lo que pueda aportarnos sobre un problemático conocimiento objetivo de ellos, sino por lo que nosotros podemos saber de esos mismos historiadores a través de sus juicios sobre los hechos pasados y presentes. Es decir, los tardíos historiadores novohispanos mendaces y plagiarios para la historiografía científica, fuentes de segunda mano—como con tanto desprecio suele decirse— pueden tal vez resultarnos muy otros si sus escritos nos sirven para concerlos a ellos mismos, para conocer y palpar la realidad que les tocó vivir y, en buena medida, construir: la realidad novohispana del tardío siglo xvi y de los primeros años del xvii. Ninguna obra de ningún historiador puede, quizá, servir para más que eso; lo cual, por cierto, no es poco servir.

Decir que este trabajo pretende sacar del olvido a los historiadores novohispanos del tardío xvi y primer xvii sería una pedantería lastimosa. Los estudiosos aquí reunidos saben muy bien que no son desconocidos. De ellos hay ediciones, algunas incluso de los últimos veinte años (si bien casi siempre muy limitadas) y pocos serán los que, trabajando la historia de la Nueva España, no hayan acudido a ellos en

más de una ocasión, ya para buscar un dato, ya para precisar algún nombre o alguna fecha. Lo que aquí se pretende es sólo hacer un esfuerzo por contemplar esa historiografía bajo la nueva luz que se ha propuesto párrafos arriba. Esto es, atendiendo no a sus categorías de veracidad y originalidad según las entiende la historiografía científica, sino al derecho que les asistió de contemplar y opinar sobre su pasado y sobre su presente en la época en que lo hicieron. Y así, intentar por ese medio una visión nuestra de la Nueva España que ellos mismos conocieron, vivieron, odiaron y amaron.

“Quien mucho abarca poco aprieta”, dice el refrán, y yo, convencido de que vale más hablar de poco todo lo que se pueda que de mucho mal, convencido de que para hacer un análisis, así sea mínimamente cuidadoso, es necesario concentrar la atención en un número limitado de cosas, intentaré llevar adelante lo que me propongo con la pequeña muestra de sólo tres autores Agustín Dávila Padilla, Diego Muñoz Camargo y Baltazar Dorantes de Carranza. La selección es tan arbitraria como pudiera serlo cualquiera otra: para mí tengo que otros tres darían resultados muy similares, puesto que a cualquier cosa puede escapar un hombre, menos a su circunstancia histórica. El único criterio de selección fue el de escoger tres personas diversas entre sí: un cronista religioso y apologético, un cacique mestizo empeñado en recalcar la importancia de sus abuelos tlaxcaltecas, y un laico ansioso de oficios y de fama. Es decir, se trata de autores de muy diversa extracción y condición, y que, por lo tanto, responden a solicitudes diversas y están movidos por intereses (personales y de grupo) también muy diferentes entre sí. Y, sin embargo, los tres están unidos por el hecho de haber vivido un mismo momento, haber conocido una misma realidad, e incluso haber nacido los tres en la Nueva España.

#### EL PARAÍSO PERDIDO

La primera actitud, muy notable, que puede advertirse en los hombres novohispanos de la época a que me refiero, es la de una gran nostalgia por un pasado que ellos ya no conocieron, pero cuyos hechos, pasados de boca en boca y de crónica en crónica, adquieren en sus días un aura magnífica. La Conquista, la primera evangelización y aun con todas las reservas debidas, el pasado prehispánico en algunos casos, son momentos que nuestros cronistas hubieran deseado vivir. Dorantes, entregado al arte de embucar mujeres, casarse y descasarse, y al de abrir antepasados imposibles, no deja de suspirar —y esto se revela en todo el tono de su libro— por la posibilidad de haber empuñado una espada en combates audaces, o de haber realizado hazañas como las que, con tanto sabor y admiración, nos cuenta de Cortés, de Alvarado o de su propio

padre.<sup>22</sup> A Dávila se le llena la boca de relatarnos las inauditas obras de los primeros misioneros, verdaderos nuevos apóstoles a sus ojos, de hablarnos sobre sus virtudes magníficas e inalterables; con cuánto gusto habría cambiado su birrete universitario, su teología y su filosofía, y hasta su cargo de cronista de la orden<sup>23</sup> por haber participado en la gran aventura de la cristianización primera:

... quien considera lo que aquellos padres benditos hicieron y la estrecha pobreza que guardaron y el desprecio grande que de las riquezas de esta tierra tuvieron, entenderá que tomaban a brotar con grande fecundidad los hechos de los apóstoles, y que retoñecía en esta Nueva España la primera predicación del Santo Evangelio.<sup>24</sup>

Muñoz Camargo, por su parte, cogido en el compromiso de aceptar como buena la Conquista, se dedica a elogiar principalmente la actuación de sus antepasados tlaxcaltecas en esa aventura; sin embargo, también se las arregla para cimentar la gloria de éstos desde antes de la presencia española. Para él también el pasado es heroico, grande, envidiable. Y encuentra el modo de relatarnos con gran entusiasmo la increíble hazaña del Tlahuicole;<sup>25</sup> o de hablarnos asimismo de los tiempos santos de la primera iglesia mexicana;<sup>26</sup> pero quizá donde más sentimos la aguda nostalgia de un mundo magnífico, perdido para siempre, ya no recuperable pero siempre prestigioso y digno de ser recordado es en aquella bella frase que remata una larga evocación de las estupendas fiestas de los tlaxcaltecas anteriores a la Conquista: "no había en el mundo más que ver, lo cual todo se ha vedado por la honestidad de nuestra religión".<sup>27</sup> La frase contiene también otro elemento, fundamental, al que me referiré más tarde: el elemento contradicción; de una vez quiero apuntar que sería ingenuo suponer que Muñoz es falso al alabar a la honesta religión que terminó con

<sup>22</sup> Sobre la vida curiosa de Baltazar Dorantes de Carranza véase el apéndice a su *Sumaria relación*... (cit. en nota 20); de Fernando Benítez, "Los criollos del xvi en el espejo de su prosa", *Historia Mexicana*, 1:2 (oct.-dic. 1951); y del mismo *Los primeros mexicanos. La vida criolla en el siglo XVI*. El Colegio de México, 1953 (segunda edic., México, Era, 1962); y el artículo de Ernesto de la Torre citado en la nota 2.

<sup>23</sup> El capítulo general de México le encomendó la tarea de escribir la historia de la provincia en 1589, el general de los predicadores lo hizo cronista general de la orden en 1597.

<sup>24</sup> Fray Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes, y casos notables de la Nueva España*, en Madrid, en casa de Pedro Madrigal, 1596, segunda edición en Bruselas, Juan de Meerbeque, 1626; ésta es la que reprodujo en México la Editorial Academia Literaria, 1955, con prólogo de Agustín Millares Carlo, y que aquí cito, p. 24.

<sup>25</sup> Muñoz Camargo, *op. cit.* en nota 20, pp. 125-128.

<sup>26</sup> Muñoz Camargo, pp. 267-269.

<sup>27</sup> Muñoz Camargo, pp. 135.

el esplendor antiguo. Para él era soberbio aquel mundo, pero también era buena y honesta la religión cristiana y positivo el hecho de que hubiera suspendido las viejas prácticas. No hay falsedad, sino contradicción interna en el personaje.

Quizá la cualidad príncipe de aquel mundo sesenta u ochenta años anterior a nuestros autores es su dimensión heroica. Ésa es la que le da colores de epopeya. La dimensión heroica de Tlaxcala asediada por México, siempre incólume, o la de la espada cortesiana, o la heroicidad —de otro tipo pero no de menos quilates— de los primeros misioneros. Con un dejo de sorna nos cuenta Muñoz cómo los primeros tres franciscanos, Tecto, Aora y Gante, fueron vistos como “locos” por los indios que no se entendían por qué andaban vestidos así, ni por qué procedían de modo tan extraño, ni qué pretendían realmente; pero el episodio en el fondo sirve para exaltar más lo que llegaron a hacer y el prestigio y respeto que fueron capaces de adquirir, a partir de tan humildes y extraños inicios.<sup>28</sup>

Aquel mundo heroico, del que nada queda, ha dejado, sin embargo, alguna especie de testimonio. Si Dorantes de Carranza se ocupa en apuntar los mitos de algunos pájaros famosos, el cuitlacochi y el huitzitzil,<sup>29</sup> es porque el mito es la manera en que el pasado heroico se actualiza; más que encarecer una rareza actual, los mitos de los pájaros son el testimonio moderno de una grandeza ida.

Un tiempo y una historia irrecuperables, verdadera “edad de oro”. Otros tuvieron la suerte de gozarla o de sufrirla: de vivirla; nuestros autores no tienen ya más que el recuerdo. No deja de ser curioso cómo para ellos es claro que el suyo no es ya el tiempo de las hazañas; y, sin embargo, la posibilidad de acometerlas estaba ahí, en el inmenso norte al que apenas se habían hecho débiles e inconsistentes entradas, en toda la tierra caliente, apenas tocada y en tanta parte virgen a la industria y aun a la planta de otros que no fueran sus antiguos pobladores. Todavía más: en el mar, sea el Atlántico ya infestado de piratas, sea en el Pacífico —su Mar del Sur— tan desconocido todavía, la posibilidad de probar fuerzas estaba a la mano. Y estaba también, en otro orden de cosas, en las numerosísimas poblaciones indias alejadas de los centros importantes. No se trata de que ya no hubiera campo para los hombres valerosos ni de que faltaran las oportunidades para que mostraran la madera de que estaban hechos los nietos de los conquistadores. El mundo de las cosas no había cambiado tanto: los que habían cambiado eran los hombres. Eran ellos los que no tenían ya aquella dimensión heroica, e incapaces de emular a sus antepasados, esperaban sólo salvarse mágicamente, por el brillo prestado que pudie-

<sup>28</sup> Muñoz Camargo, pp. 162-165.

<sup>29</sup> Dorantes, *op. cit.* en nota 20, pp. 126-127.

ra tocarles en esta nueva aventura, tan de otro tipo, que era historiar el pasado. Salvarse en la aventura de la pluma, substituto de la espada.

#### EL MILENARISMO

Rememorar un paraíso perdido implica, por lo menos, que puesto que es perdido no existe más. A la alabanza de una edad dorada tiene que oponerse, de necesidad, un juicio menos favorable de nuestra edad actual. La contraparte es obligada y está implícita. Don Quijote, estricto contemporáneo de nuestros tres autores, empezó su discurso de los cabreros: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados", y a un cierto momento tuvo que decir: "y no como en nuestra edad de hierro..." El solo sentimiento de que hubo una edad dorada es revelador del sentimiento de que los tiempos no son ahora tan buenos. Así, pues, la segunda actitud notable en los hombres que vivían la Nueva España setenta años después de la conquista es la apreciación negativa de ese mundo que les tocó la mala suerte de vivir.

Nuestros autores no se conforman con decir que sus tiempos no son ya tan buenos como fueron los de la Conquista o la primera evangelización. Sino que tienen un prurito especialísimo por mostrarnos lo mala que es su época. No sólo parece pobre en comparación con los pasados tiempos heroicos; más bien son aquéllos los que crecen desmesuradamente en la comparación con la actual pequeñez, con la nueva mediocridad. Pocas épocas habrán tenido deturpadores tamaños.

Diversas son las acusaciones que los criollos hacen a su tiempo. Una es sin duda la opacidad, la carencia de brillo, la falta de lo heroico y aun de lo santo. Es la intención de aquel soneto anónimo de "un práctico y aun teórico" que incluye Dorantes en su *Sumaria Relación*, "niños soldados, mozos capitanes". Las armas son ya sólo de oropel, las glorias pequeñas, los capitanes son mozos, figurines disfrazados (ya no los viejos hombres recios), ya no hay guerra verdadera, sino guerra de juego, en que combaten niños soldados, los caballeros se han acabado y quedan substituidos por mercaderes y villanos:

... Seco el hidalgo el labrador florece,  
y en este tiempo de trabajos grandes  
se oye, se mira, se contempla y calla.<sup>30</sup>

O lo que podemos leer en otro soneto recogido por el mismo Dorantes:

<sup>30</sup> Dorantes, pp. 115-116.

... caballeros de serlo deseosos,  
con toda presunción bodegoneros ...<sup>31</sup>

Durán, contemporáneo de nuestros autores, es movido por los mismos hilos de resentimiento hacia su época y responde en idéntica forma.

... estos infelices y desdichados tiempos... las calamidades que esta fertilísima, riquísima y opulentísima tierra y la ciudad de México ha pasado y decaído, desde aquellos tiempos a acá, y la caída de su grandeza y excelencia con pérdida de tanta nobleza de que estaba poblada y acompañada y de la miseria y pobreza a que ha venido.<sup>32</sup>

En ese mismo orden de cosas fray Agustín Dávila Padilla se refiere a que el tiempo suyo ya no es el de lo grande, sino el de lo mediocre y pequeño. Frente a los tamaños de los viejos misioneros las órdenes no tienen más que poner sino su pequeña cotidianidad de vicios y virtudes medianas. Mundo de lo bueno y de lo malo, pero nunca de lo grande, ni para bien ni para mal. Inclusive cuando siente la tentación de equiparar a alguno de sus modernos hermanos de religión con los antiguos dominicos, pronto reconoce que es imposible. Así, nos habla de la santidad de fray Alonso Garcés, de cómo murió por salvar las santas especies en la villa de San Ildefonso, en la tierra mixe (lo cual, por cierto, lo lleva a curiosas discusiones teológicas), y de cómo se apareció después de muerto; pero el caso es bastante doloroso: sentimos los esfuerzos que el escritor hace por convencerse a sí mismo, la lucha que mantiene, pero acaba rindiéndose. No tiene más remedio que terminar confesándose, de alguna manera, derrotado en su intento. La vida, acaba diciéndonos, "no sé que tiene" (la vida nuestra, de hoy, debe entenderse) que no deja parecer la santidad. Es poco estimada la santidad de "los que vimos y conversamos", "los que vivieron en nuestra compañía, parece que fueron como nosotros". Es decir, la mediocridad de nuestra vida, de nuestro tiempo, viene a ser como una infección que contamina todas las cosas, incluso aquellas que —como la santidad del padre Garcés— parecían estar destinadas a algo grande.<sup>33</sup>

Quizá a solas con su conciencia, Dávila —y la misma actitud reflexiva corresponde también a su tiempo, que es de la reflexión y no ya el de la acción— quizá a solas con su conciencia, digo, recordaría aquello de que nos había hablado antes: que en la historia

no hay licencia para arbitrar, sino declarando lo que fuere conjetura, para que tenga la propia libertad el que leyere: no he querido atreverme

<sup>31</sup> Dorantes lo cita como "soneto de un curial", p. 114.

<sup>32</sup> Durán, *Historia*... (cit. en nota 17), II, p. 68.

<sup>33</sup> Dávila Padilla, pp. 549-560 (vida de fray Alonso Garcés), las citas en la p. 558.

a dar más circunstancias a la verdad, de las que la historia refería, contentándome con ser en la ocasión verdadero, que en las circunstancias curioso.<sup>34</sup>

El otro agravio —muy referido éste a su circunstancia concreta— que nuestros historiadores hacen a su tiempo es el de su pobreza. Si ha pasado el tiempo de lo heroico, también ha pasado el de la abundancia. Se entiende fácilmente que hay una estrecha relación entre ambas cosas; no todo lo que relumbra es oro, pero sí mucho de ello. No es nuestro propósito tratar en este trabajo de la contracción económica del tiempo que estudiamos; otros, que saben de eso, lo han hecho ya, y podemos creerles mientras no haya prueba en contrario.<sup>35</sup> Como quiera que sea, es indudable que por lo menos había en la Nueva España de entonces el desconcierto lógico en la transición de un sistema económico a otros, con la ruina definitiva de la encomienda. Y lo que ciertamente interesa para este tema es la forma en que el novohispano de entonces resentía esa situación, por él interpretada como de terrible decaimiento y pobreza. La cita que hemos hecho del padre Durán podría servir tanto en el lugar que fue utilizada, como aquí; la tierra era “riquísima y opulentísima”, y ahora “ha pasado y decaído”.<sup>36</sup> Nuestros historiadores están plagados de referencias a ese hecho. Muñoz Camargo nos habla de cómo los ganados han “dañificado” a los indios de paz (respirando seguramente por la herida),<sup>37</sup> de cómo los indios entendieron la moneda de cobre como un fraude por la carencia de oro y, considerándola sin ningún valor, la arrojaron a la laguna.<sup>38</sup>

Dávila, al hablarnos del sedero Miguel de Zamora, nos dice que, después de hacer aquí fortuna y volver a España fingiéndose pobre, regresó a México para tratar de rehacer su dinero (pues el primero lo había dejado a su padre), y “halló la tierra delgada, y las ganancias más cortas”,<sup>39</sup> tanto que, arruinado, tomó asco a las cosas de este mundo... y decidió hacerse lego predicador.

Ahí se trata sólo de algo incidental, pero en otras ocasiones el problema es tratado con mayor amplitud, incluso en casos que importan para la santidad de la orden. Fray Tomás del Rosario (o de San Juan, como se llamó primero) se oponía a que los conventos dominicanos tuvieran bienes, así fuera en común, por lo que podía introducir de desarreglo, y por un prurito de atenerse a las constituciones originales:

<sup>34</sup> Dávila, p. 103.

<sup>35</sup> Woodrow W., Borah, *New Spain's Century of Depression*, Berkeley y Los Angeles, 1943 (Iberoamericana, 35).

<sup>36</sup> Durán, cit. en nota 32.

<sup>37</sup> Muñoz Camargo, p. 265.

<sup>38</sup> Muñoz Camargo, p. 266.

<sup>39</sup> Dávila Padilla, p. 473.

Consuelo es acordarnos de aquellos buenos deseos que tuvo el bendito padre fray Tomás con otros de aquellos padres antiguos: pero si hubieran vivido algunos años más, hubieran experimentado la necesidad de la tierra, y cómo su abundancia primera fue flor de maravilla, que aunque la causó entonces con la sobra, le tenemos ahora todos conocida la falta. Con la muerte de los indios, y con el copioso número de españoles que todos los años vienen en cargazones de España, está la tierra tan delgada que ya que no ha quebrado la devoción . . . han faltado las limosnas, y obligado a los conventos a que tengan rentas de qué sustentarse . . .<sup>40</sup>

Esta justificación, un poco reparable, del por qué empezaron a tener rentas los conventos, al mismo tiempo que es una acusación de la pobreza de la tierra, es interesante porque resulta una confesión de parte: el autor reconoce implícitamente que la santidad ya no era de los mismos quilates, porque, al fin y al cabo, si el reino empobrecía ¿qué importaba para los que habían hecho vocación de pobre? Es también, puede verse, una referencia a la edad dorada, y además, interesa porque ahí empieza a asomarse el culpable: los gachupines que todos los años vienen en cargazón de España.

Dorantes de Carranza, siempre tan definitivo y exagerado, no precisa más que de una frase para dejar contundentemente sentada su apreciación sobre la ruina en que ha caído la Nueva España: "ya hay más pobres en las Indias que en Castilla la Vieja, Montañas o Galicia"<sup>41</sup> ¿Se necesita más para explicar hasta dónde han ido a parar las cosas?

La Nueva España no es ya lo que fue, la Nueva España, antes "flor de maravilla" no es ahora más que "tierra flaca", venida a la pobreza y miseria. Pero eso no es todo. La visión negativa que nuestros criollos tenían de su mundo y de su tiempo va más lejos, no sólo las cosas están mal, sino que irán de mal en peor. Todo se acabará, la consumación está cercana.

Siempre lo bueno ha ido en disminución en todo el mundo, y los principios han sido más fervorosos en todo lo loable.<sup>42</sup>

Nos dice Dávila. Antes "daba Dios tan liberalmente", y ahora parece retirarlo todo. Para el dominico la más clara muestra de este fin próximo es el acabamiento de los indios. Y es indudable que no sólo para él, sino para todos sus contemporáneos, los estragos de las pestes, terribles, que asolaron a México de la segunda mitad del siglo xvi, creaban la idea de un fin ineluctable. La peste de 1545, primero, luego el tabardillo de 1558, y después la más terrible de 1576 y 1577, seguidas

<sup>40</sup> Dávila Padilla, p. 368.

<sup>41</sup> Dorantes, p. 260.

<sup>42</sup> Dávila Padilla, p. 148.

de otras parciales como la de 1591 y 1592, la continua disminución de los indios, daban una especie de certeza sobre la destrucción total.

Se recordaron entonces las profecías sobre la destrucción de las Indias: la de fray Bartolomé de las Casas, la de don Vasco de Quiroga, la de fray Domingo de Betanzos. La de este último es la que con más riqueza glosa fray Agustín. Según ella pronto no quedaría ni memoria del color y la figura de los primeros habitantes de la Nueva España; si atendemos a lo que está pasando, "hallaremos con evidencia que se va cumpliendo", y añade, agudo, "con más priesa que quisieran los encomenderos..."<sup>43</sup> El derrotismo lo invade todo, pues tanta desgracia no puede tener causas sobre las cuales haya algún arbitrio posible: por eso se echa por delante la profecía, que implica un futuro ya delineado de antemano.

"Decía también el fundador que cuanto los españoles trazasen para bien de los indios, todo se les había de convertir en mal, y las trazas de su argumento habían de redundar en su disminución."<sup>44</sup> Y trae a cuento el viejo refrán: si la piedra va al cántaro, mal para el cántaro, y si el cántaro va a la piedra, mal para el cántaro. Seguramente algunos de los pasajes más conmovedoramente bellos de las páginas del cronista de los predicadores son aquellos en que relata las desgracias de las epidemias, cuando "todos los accidentes, aunque fuesen entre sí contrarios, concordaban en quitar la vida a los indios", que "hallaban la muerte tan cruel enemiga, que de puro miedo se postraban los vivos, antes que les acometiese". Y nos cuenta, en fin, de qué modo, ante lo inútil de los esfuerzos por aliviarlos, "encendíanse con rabiosa furia, por verse llevar tan atropellados de la muerte, sin que su enfermedad se atreviese con los españoles",<sup>45</sup> y trataban de inficionarlos arrojando los cadáveres a las fuentes y los acueductos.

Todo lo que se hiciese por los indios redundaría en su contra, pues así estaba dicho en la profecía. De esta manera, las congregaciones en pueblos, que se impusieron justamente en el paso entre los dos siglos, aunque pensadas para su beneficio, tendrían un resultado contrario; Dávila, agudo observador, y conocedor cierto del carácter de sus evangelizados, observa que

así como se conserva el pece en el agua y el ciervo en el monte, así el indio en su natural es amicísimo de la soledad de su vivienda... No hay para el venado aflicción de asirle de los pies, como para el indio la de detenerle en poblado fuera de su nacimiento y querencia.<sup>46</sup>

<sup>43</sup> Dávila Padilla, p. 100.

<sup>44</sup> Dávila Padilla, p. 102.

<sup>45</sup> Dávila Padilla, pp. 517-518.

<sup>46</sup> Dávila Padilla, p. 102.

En fin, el teólogo cronista, pronto obispo, indudablemente conmovido de tantas desgracias, que de alguna manera le llegaban muy de cerca y le escocían en carne propia, y también, siempre reflexivo y conocedor de lo que a los indios se debía, nos dice en uno de sus párrafos más conmovedores, que seguramente la profecía de Betanzos era

para avivar nuestro cuidado en doctrinarlos y regalarlos, pues faltándonos ellos nos ha de faltar la ocasión de agradecerles el bien y riqueza que sus tierras nos han dado: y es bien agradecerles con enseñanzas y buen tratamiento, lo que si se acaba, no podremos.<sup>47</sup>

Baltazar Dorantes de Carranza, seglar atrabancado y envidioso, está lejos de tener en sus reflexiones la conciencia y la madurez y medida del dominico. Sin embargo —y casi se sorprende uno de encontrarlo— también se conmueve de tantas desdichas de los indios, y también en cierto sentido parece hacerse solidario de ellas, y hace la defensa de “estos miserables indios”.<sup>48</sup> Recuerda a Las Casas (cuya *Apologética historia* conoció y aún poseyó en manuscrito) y lo alaba. Sin embargo, su mayor preocupación no llega a ser la del acabamiento de la raza, sino la desgracia de la tierra. Tanto la quiere, como lo demuestra (y más adelante veremos cómo), que en arranques contradictorios lanza sus famosas imprecaciones a las Indias. Estas son bastante conocidas para citarlas aquí; sin embargo, baste recordar ciertos de sus apelativos que demuestran a saciedad esa furia impotente y ese amor-odio a que también me referiré después: “es llegada la sazón donde luce más el engaño y la mentira”, “confusión de tropiezos”, “alcahuete de haraganes”, “banco donde todos quiebran”, “hinchazón de necios”, “burdel de buenos, locura de cuerdos, destrucción de la virtud”, “anzuelo de flacos, casa de locos, algunas cualidades pegadas con alfileres”, “mal francés, dibujo del infierno”, “tráfago de behetría, igualdad en el trato, comunidad de todos lados”, “¿no veis cómo vuestros bienes, vuestro oro, vuestra plata y vuestras piedras preciosas no se perpetúan en esta tierra?”<sup>49</sup>

Otro tipo de desastres contribuyen a crear en nuestros autores, y en los hombres de su tiempo, la idea del acabamiento próximo: los tres nos relatan con más o menos detalles, pero siempre con dolor y desesperación, los desastres sufridos en el mar frente a los corsarios, o los saqueos de puertos a manos de piratas, o —sobre todo— los desastres de la Florida.<sup>50</sup> El relato que hace Dávila del desastre de 1553 y del triste fin que encontraron los españoles a manos de los indios es de tal

<sup>47</sup> Dávila Padilla, p. 103.

<sup>48</sup> Dorantes, p. 256.

<sup>49</sup> Dorantes, pp. 112-114.

<sup>50</sup> Dávila Padilla, pp. 184 ss.

manera vivo y tiene tal fuerza de evocación, que uno no puede menos que recordar a Tucídides hablándonos de la derrota siciliana de Atenas.<sup>51</sup>

La idea de un acabamiento próximo y de una pérdida de la antigua heroicidad y grandeza, surgida en primer lugar de la reflexión sobre la circunstancia inmediata, también se combina con un orden más amplio de sucesos. Así, en nuestros autores surge la idea de la caída y disminución ya no sólo de la Nueva España, ni siquiera sólo de las Indias, sino de todo el imperio español.

Este sentimiento se apodera de Muñoz Camargo en el breve espacio que dedica a los robos y tropelías cometidas por los corsarios en ambos océanos ante la impotencia de las armadas españolas.<sup>52</sup> Dorantes recuerda a Las Casas y sus amenazas sobre España, que parecen irse cumpliendo.<sup>53</sup> Dávila Padilla también encuentra que la profecía del defensor de los indios se va realizando, cuando habla del saco de Santo Domingo y del de Cartagena, y, más reflexivo, entiende que

Pocos años ha que tenía España guerra . . . y el turco le temía, y Alemania se humillaba y Francia dejaba preso su rey y Flandes pedía paz: y ahora una mujercilla hereje, infame y deshonesto trae confusa la Cristiandad y hacen lances sus soldados y navíos tan a nuestra costa como hemos visto . . .<sup>54</sup>

#### LOS CRIOLLOS DESPOSEÍDOS

Si se tiene una visión tan pesimista del momento que se vive, es normal que se trate de dar una explicación. La Nueva España va a la ruina, no es ni sombra de su pasado glorioso ni de su riqueza. ¿Quién es el culpable? Nuestros autores encuentran dos tipos de razones a esta situación: unas que pudiéramos llamar inmanentes y otra, trascendente. Si esta tierra indiana ha decaído hasta su actual estado, eso es debido al poco producto de las minas, a la disminución de los indios, a los daños del ganado, pero, sobre todo, a la presencia de los gachupines. El término, en esa aplicación, data de entonces, y de entonces data también la primera inquina entre criollos y peninsulares. El recién llegado es la peor peste que tiene que padecer el criollo: viene a desplazarlo, a aprovecharse de las riquezas del país, a desbancarlo de preeminencias y de oficios. Los herederos de los conquistadores y de los primeros pobladores, que, como dice Dorantes "ya son casi unos",<sup>55</sup> se consideran los legítimos dueños del reino y se sienten desposeídos abusiva-

<sup>51</sup> Dávila Padilla, p. 276.

<sup>52</sup> Muñoz Camargo, p. 276.

<sup>53</sup> Dorantes, p. 255.

<sup>54</sup> Dávila Padilla, p. 341.

<sup>55</sup> Dorantes, p. 12.

mente. Ha surgido ya, además, lo que pudiéramos llamar un estilo de vida criollo,<sup>56</sup> con alguna forma de refinamiento, que resiente la rudeza de los peninsulares.

Viene de España por la mar salobre  
a nuestro mexicano domicilio  
un hombre tosco, sin ningún auxilio,  
de salud falto y de dinero pobre.

Así, surge un mutuo desprecio entre los nacidos aquí y los venidos de fuera:

Y desprecia después el lugar donde  
adquirió estimación, gusto y haberes  
¡Y tiraba la jábega en San Lúcar!<sup>57</sup>

Ya veíamos párrafos arriba cómo el moderado agustino Dávila atribuía parte del enflaquecimiento de la tierra al “copioso número de españoles que todos los años vienen en cargazones de España” (y nótese todo lo peyorativo que la expresión “cargazones” puede tener). Pero sin duda es Dorantes de Carranza quien muestra más a gritos ese resentimiento. Después del triste resultado de la conjura del marqués del Valle, hay un convencimiento de que todo está perdido en ese sentido, y de que la Nueva España ha quedado subyugada definitivamente a los empleados reales; él mismo recomienda al marqués Pedro que, “si es cuerdo”, no venga a las Indias, “porque esta tierra no sufre más señor que al que aquí nos gobierna por su majestad”.<sup>58</sup> Ante la impotencia, pues, no queda más que el resentimiento que mana en tantas de las páginas de su *Relación*: “. . . sangre derramada y servicios personales y en hijos del reino, premio merecen sin que advenedizos se le frusten”. La Nueva España es a sus ojos “madre de extraños, abrigo de foraxidos y delincuentes”, “madrstra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales, azote de propios. . . risa de los virtuosos. . .” Y alaba el establecimiento del Santo Oficio porque la tierra está ahora llena “de diferentes y ajenas naciones, muchas gentes de linajes y tierras sospechosas. . .” E incluye una queja anónima en octavas:

Madrstra nos has sido rigurosa,  
y dulce madre pía a los estraños;  
con ellos de tus bienes generosa,  
con nosotros repartes de tus daños.  
Ingrata patria, adiós, vive dichosa  
con hijos adoptivos largos años,

<sup>56</sup> Sobre esto véase Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos*, cit. en nota 22.

<sup>57</sup> Dorantes, p. 114.

<sup>58</sup> Dorantes, p. 102.

que con tu disfavor fiero, importuno,  
consumiendo nos vamos uno a uno.<sup>59</sup>

### LA GRAN CULPA

Todas estas razones inmanentes, entre las que sobresale tanto la presencia de los extraños y advenedizos, sin embargo, a pesar de su importancia, no llegan a explicar el cúmulo de males y desgracias: "¿do están los siglos de oro? ¿qué es del pago, / que sólo veo cenizas de Cartago? / ... ¿Qué daño es este que tras ti camina, / que tan trocada estás de lo que fuiste?"<sup>60</sup> Ante la imposibilidad de una explicación suficiente, los hombres novohispanos tienen que acudir a causas trascendentes. Aparece así el sentimiento de que algo, desde los primeros tiempos, estuvo mal, de que en la Conquista misma, tan positiva como se quiera, existió alguna tacha fundamental. Existió un pecado primero, una culpa original, que comprometió para siempre la existencia de la Nueva España. Sólo así puede entenderse que los conquistadores mismos hayan sido desgraciados, y que la maldición se perpetúe en sus hijos y sus nietos.

De paso vale la pena aquí hacer siquiera una referencia al problema que plantea el providencialismo de nuestros autores, de sus contemporáneos, de los que les antecedieron y de los que les sucedieron. Es muy común en los críticos modernos hacer una referencia más o menos burlesca al providencialismo de los viejos autores, y con eso condenarlos definitivamente como incapaces de comprender los fenómenos históricos. Sin embargo, al mirar con algún cuidado el asunto, puede uno advertir que toda referencia a un destino dictado desde lo alto no necesariamente puede tener un mismo sentido. De hecho el providencialismo no es más el reconocimiento de un mundo trascendente al hombre, de una realidad superior de la cual él depende; pero las posibilidades de interpretación a esos dictados superiores son infinitas, aun dentro de un mundo cristiano, y aun dentro de un mundo católico. De tal modo que la referencia a una instancia superior de ningún modo implica el negarse a dar una explicación a los fenómenos históricos mismos, por más que esa explicación se entienda como la interpretación de los designios providenciales. Y esa explicación-interpretación nos da, necesariamente, la actitud de quien la hace frente a las situaciones mismas que trata de entender. Baste, en apoyo de lo dicho, considerar la diferencia que hay entre los primeros autores de nuestro siglo XVI, para quienes la providencia había abierto el mundo americano con el fin de que, evangelizado, pudiera ser el espejo más perfecto del

<sup>59</sup> Dorantes, pp. 18-23.

<sup>60</sup> Dorantes, *ib.*

ideal cristiano, con la de un Muñoz Camargo, para quien la providencia tenía "reservados" a los tlaxcaltecas para que contribuyeran a la destrucción del reino del demonio, o con la interpretación a que ahora me reficero sobre el acabamiento de la Nueva España.

En la charnela entre los dos siglos, pues, los criollos, sintiéndose desahuciados, entienden que hubo una culpa original en el hecho mismo que da nacimiento a la Nueva España. La Conquista fue, en sí, un hecho positivo. Esto es innegable: trajo el evangelio a estas tierras, dio la posibilidad de la redención a tantas naciones que estaban engañadas por el demonio. Dios indudablemente dispuso el descubrimiento de las Indias y su conquista para extender la redención a todo el género humano. Pero los hombres que llevaron eso a cabo, como servidores de los designios providenciales, no aceptaron humildemente su papel, sino que venían llenos de ambición y de crueldad. Nuestros historiadores empiezan a advertir que esa bella época heroica por la que tanto suspiran es también una época de violencia, de vicio, de crueldad, de ambición desmedida, de traición. La providencia, que había elegido a sus servidores, los castiga, y con ellos a sus descendientes y a toda la tierra: "... porque [dice Dorantes] predicar el Evangelio con la spada en la mano y derramando sangre, es cosa tan temerosa que parece acá, al juicio humano, que sus descendientes van haciendo penitencia desta soltura".<sup>61</sup> Los fines fueron buenos, pero los modos malos y errados.

Por eso Las Casas, el gran impugnador de los modos como fue llevada adelante la Conquista, cobra en estos fines del siglo xvi una gran importancia: todos lo citan y lo glosan. Dorantes, que poseyó y perdió después un manuscrito de Fray Bartolomé, dice, siempre tan exagerado, que "diera por él no sólo dineros, pero la sangre de mis brazos".<sup>62</sup>

Durán censura en varios pasajes las crueldades de Cortés y de su hueste en Cholula, y lo injusto de la prisión de Moctezuma,<sup>63</sup> y en general la ambición de los conquistadores.<sup>64</sup> Dávila Padilla encuentra que "es afrenta a la nobilísima y cristianísima nación española el que hayan salido de ella tales monstruos inhumanos...".<sup>65</sup> Refiriéndose a la matanza del templo mayor relata que "en sus cantares que dicen en sus mitotes y danzas (que son como romances de los españoles) lamentan el día de hoy esta pérdida y no les faltará de la memoria, ni el sentimiento de los corazones, hasta que del todo se acaben",<sup>66</sup> y

<sup>61</sup> Dorantes, p. 17.

<sup>62</sup> Dorantes, p. 256.

<sup>63</sup> Durán, *Historia* . . . , II, pp. 30-36.

<sup>64</sup> Durán, *Historia* . . . , II, pp. 48-49 y 67-68.

<sup>65</sup> Dávila Padilla, p. 178.

<sup>66</sup> Dávila Padilla, p. 318.

agrega que, "nosotros", por el sólo hecho de ser hombres, sentimos la fuerza de esa injusticia.

En Baltazar Dorantes de Carranza aparece muy claro cómo la gran culpa, la culpa trascendente, se va componiendo de culpas individuales, que tienen su castigo individual, y luego un castigo colectivo. Nos relata la vida heroica pero pecaminosa de Alvarado, y el fin que, como consecuencia, tienen él y su stirpe.<sup>67</sup> El desastrado fin que tuvieron los orgullosos, hermosos y riquísimos hermanos Ávila también es explicado por Suárez de Peralta por la falta que cometieron los padres.<sup>68</sup> Dorantes alaba por un lado a Cortés como hombre heroico, pío, honrado, "otros", en cambio deben llamarse más "fures, ladrones, porque hacían lo que hace hoy el inglés, enemigo común", que es robar pueblos, cambiar cuentas por oro y arrear a la gente a trabajar en las minas y en los campos. Y la venganza divina está presente en todo momento: si la perpetuidad de las encomiendas no se consiguió fue "por estos rastros y malos tratamientos que hicieron a los indios". A fin de cuentas el mismo Cortés resulta culpable. No podía ser de otro modo; como capitán, su pecado es mayor, y no sólo, sino que sus traiciones y sus malos proceder se extienden a su generación personal (la desgracia del segundo marqués) y a toda su hueste y la descendencia de ella. Así como el pecado del rey Edipo se extiende a toda la ciudad, del mismo modo la culpa del caudillo es castigada en el reino que fundó: de hecho la idea de la falta se concentra en el capitán, del mismo modo que en él se concentra la idea de la empresa misma de la conquista. Dorantes encuentra que sólo él "hizo mejor su hacienda que los otros conquistadores... Y para mí, Dios me lo perdone si miento, sospecho que en los secretos no les fue tan buen tercero ni padrino..."<sup>69</sup>

La traición de Cortés a Narváez es también muestra de esa podredumbre que iba contaminando a toda la empresa conquistadora.<sup>70</sup> En fin, el criollo acude a la cita poética para dar mayor peso a su idea (y cabe decir, de paso, que la inclusión de tantos trozos poéticos tiene para él, más que el sentido de "agradar" a que se refiere en alguna ocasión, el de dar mayor fuerza a su dicho: la forma poética prestigia lo que se dice, y digamos, es capaz de hacer más verdad a la verdad):

... que se atribuye a vos alguna culpa,  
culpa que ya jamás tendrá disculpa

<sup>67</sup> Dorantes, pp. 25 ss.

<sup>68</sup> Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España (Tratado del descubrimiento de Indias y su conquista... y de los virreyes y gobernadores que las han gobernado...)*, editada por Justo Zaragoza, Madrid, 1878. *La conjuración de Martín Cortés y otros temas*, selección de Agustín Yáñez, México, UNAM, 1945, pp. 49-53.

<sup>69</sup> Dorantes, p. 237.

<sup>70</sup> Dorantes, p. 15.

Eso, en fin, es la verdadera causa de que

... sólo a ti, triste México, ha faltado  
 lo que a nadie en el mundo le es negado  
 ... llorosa Nueva España, que deshecha  
 te vas en llanto y duelo consumiendo,  
 vente mis tristes ojos tan estrecha,  
 va el pernicioso daño así cundiendo  
 ... de tiempo en tiempo siempre a más tristeza,  
 en más miserias, hambres y pobreza.  
 ¿... de dolor en dolor a peor estado  
 qué te condena ya el precioso hado? <sup>71</sup>

#### LA ALABANZA DE LA TIERRA

En las páginas anteriores se ha ido mostrando la visión tan profundamente negativa que los hombres de esta tierra, vividos en el paso entre los siglos XVI y XVII, tuvieron de su mundo y de su tiempo. Y se han mostrado también las consecuencias y las implicaciones y explicaciones que tal visión traía consigo. Hasta ahí todo aparece, espero, con una cierta coherencia. Pero ¿qué pensar cuando el mismo Dorantes, después de desfogarse en las imprecaciones que hemos transcrito arriba y de entregarse al más profundo pesimismo, encuentra, apenas unas páginas más adelante de su *Relación*, que México es “tan grande y tan de ver como lo mayor que hay en España ni otras provincias del mundo, y en absoluto lo mayor y mejor de las Indias”? <sup>72</sup> Se trata, creo, de esa feroz contradicción en que se debaten nuestros autores, y con ellos —debemos entenderlo así— todo el mundo novohispano coetáneo. Mientras por un lado hay esa consideración pesimista y oscura de su patria, y esa añoranza de la edad dorada, por otro empieza la carrera desenfrenada de la alabanza ditirámbica. Mayores horrores que los que ellos dijeron de México difícilmente podrán encontrarse y, simultáneamente, empieza la apología desenfrenada. La actitud contradictoria se explica porque los hombres de esa época se sentían realmente abandonados, perdidos, insatisfechos de su situación; sin embargo tienen la necesidad de afianzarse a algo, de robustecerse e incluso definirse frente al mundo: de ahí la alabanza, el ditirambo, la apología. De ahí, en una palabra, el orgullo criollo y novohispano.

¿... Qué ciudad hay en el mundo que tenga más lindas y graciosas entradas y salidas, ni más llenas de hermosos campos y campiñas odoríferas, llenas de todas estas flores, y claveles, y árboles y frescura...?

<sup>71</sup> Dorantes, pp. 18-23.

<sup>72</sup> Dorantes, p. 115.

... Tuviera bien que decir Plinio si resucitara, de las cosas naturales más en novedad e monstruosidad que en todas las provincias del mundo... <sup>73</sup>

Esto nos dice Dorantes de Carranza, y encuentra que todas las cosas de las Indias son de milagro, y que desde la naturaleza hasta los hombres, nada hay mejor en el mundo que lo de su tierra.

Muñoz Camargo discute sobre si es mejor la carne nuestra que la de los ganados de España, y termina diciendo, con gran desprecio, que aquí la abundancia es tal que ni se fija uno en la calidad, mientras que en la península la escasez hace que cualquier pedazo de res les sepa a gloria. <sup>74</sup>

El reflexivo y mesurado Dávila Padilla también encuentra —no podía no ser— lugar para la apología. Le parece que conforme el grano se siembre en tierra fértil, así suele ser estimada la tierra por sus frutos, que la Nueva España y especialmente la provincia de México gozan de los más piadosos cielos, y del mejor temple que hay en el mundo; de tal modo que no es de extrañar que México comenzara “a dar flores de gallardos ingenios y frutos de obras virtuosas”. <sup>75</sup> No tiene empacho en decirnos, después de lamentarse de los perdidos tiempos heroicos y gloriosos de la evangelización, que “después acá se han subido a más primor y perfección” las cosas. Y en fin, en un arranque de entusiasmo poco común en él, venir a decirnos que “quisiera yo que los aires de México volaran por todo el mundo, pudiendo decir lo que han oído”. <sup>76</sup>

Para darnos cuenta de que si el paso entre los dos siglos es la época de las visiones negativas, también es la de los elogios, baste recordar que la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena se editó precisamente en el año de 1604. Mayor elogio de México no podía hacerse, y sin embargo, a Dorantes le parece que se queda corto, no sea más que porque no se refiere a las provincias de la Nueva España. <sup>77</sup>

Se trata, pues, de esa contradicción inherente e indescifrable para ellos mismos. Un caso típico de ella es la consideración del indio: se le alaba y se le injuria simultáneamente, y no acaba uno de saber qué es lo que piensan de los habitantes naturales del reino. Ya hemos visto cómo ante el desastre de las pestes se compadecen de ellos y aun se solidarizan con su desgracia. En otras ocasiones se refieren con entusiasmo a sus glorias anteriores a la Conquista, y a sus excelentes cualidades naturales; y todo esto no obsta para que, a renglón seguido, se expresen de los indios con un profundo desprecio.

<sup>73</sup> Dorantes, pp. 125-126 y 116.

<sup>74</sup> Muñoz Camargo, p. 262.

<sup>75</sup> Dávila Padilla, p. 519.

<sup>76</sup> Dávila Padilla, p. 382.

<sup>77</sup> Dorantes, p. 116.

Dávila exalta sus virtudes en muy numerosas ocasiones, los cree capaces de llegar a hacer obras de mucha estimación, y aun en algún caso encuentra que son más virtuosos que los españoles; hace también el elogio de la lengua náhuatl, de sus elegancias y derivaciones y de los retóricos que son los indios en la significación de sus metáforas.<sup>78</sup>

Pero todo eso no obsta que otras muy numerosas ocasiones se exprese de ellos con profundo desprecio, como gente que tiene “corazón de piedra”, flacos y de corto ingenio, y con quienes es necesaria una infinita paciencia, ya por su carácter novelero “como de niños”, ya porque dadas sus pocas luces necesitan la comida de la doctrina no sólo sazónada, “sino casi en la primera digestión”.<sup>79</sup>

Muñoz Camargo hace también el gran elogio de la lengua —que desde luego él hablaba corrientemente— como “la más amplia y copiosa que se ha hallado; después de la dignidad es suave y amorosa y en sí muy señorial y de gran presunción, compendiosa y fácil y dócil, que no se le halla fin ni cabo . . .”.<sup>80</sup> Gran parte de su obra está encaminada a exaltar las virtudes y grandezas de los indios, especialmente de sus antepasados tlaxcaltecas. Pero en él también se da la contradicción a la que parece que ninguno de sus contemporáneos podría escapar. Después de tantas alabanzas, encuentra que

El desmentirse unos a otros no lo tenían en nada, ni por punto de honra, ni lo recibían por afrenta. Esta nación es muy vanagloriosa . . . es gente cobarde a solas, pusilánime y cruel, y acompañada, con los españoles son demonios, atrevidos y osados . . . carecen de razón y de honra según nuestro modo, tienen los términos de su honra por otro modo muy apartado del nuestro . . . son grandes mentirosos y tramposos, aunque hay de todo . . .<sup>81</sup>

Véase, pues, cómo estos hombres, cogidos en una contradicción insuperable, repudian su mundo y tiempo, pero —y quizá por eso mismo— empiezan a exaltarlo fuera de toda medida. Es una exaltación que de algún modo se acepta como retórica y metáfora (y esto es precisamente lo que tiene de curioso), pero no por eso deja de tener una realidad. Todo el resto del siglo xvii y buena parte del xviii se desarrollará increíblemente esa forma de hacer. Bástenos aquí indicar que la generación de la que estamos tratando es la que señala, justamente, la transición entre el mundo de la acción del siglo xvi y el de la retórica de la centuria siguiente. Por ese su sentido de transición es una generación crítica: y lo es en dos sentidos, tanto porque inicia una “revisión” de las bases de la Nueva España echadas por sus abuelos (y en este sentido piénsese por un momento en la desconfianza con

<sup>78</sup> Dávila Padilla, pp. 64, 112, 131, 256-258.

<sup>79</sup> Dávila Padilla, pp. 423, 479, 505, 547.

<sup>80</sup> Muñoz Camargo, p. 25, también en p. 160.

<sup>81</sup> Muñoz Camargo, p. 143.

que los Mendieta, Torquemada, Grijalva o el mismo Dávila veían los resultados de la evangelización), como por qué está ella misma en crisis. De ahí su desconcierto, su indecisión, su desencanto. Es la generación de los hombres reflexivos; pero su misma reflexión los condenaba a la inactividad, los paralizaba, como, contemporáneamente a ellos, al príncipe danés de la obra de Shakespeare. Tanto piensan sobre su tierra, su naturaleza, sus animales y sus habitantes, que acaban no sabiendo qué pensar. Tanto cavilaron sobre su historia y sus circunstancias que llegaron a actitudes contradictorias acerca de ellas. Tanto se preguntaron, en fin, sobre sí mismos, que terminaron no sabiendo quiénes eran ni a dónde iban. Es una generación sin estímulos, sin seguridad, sin ideas definidas, sin empresas por las que luchar.

Por último, no quisiera terminar sin hacer notar que si bien estos hombres tienen tal actitud y tal comportamiento debido a la especialísima circunstancia en que se encontraban, participan, más allá de la Nueva España, de un tiempo y de una circunstancia no sólo local, sino general, por lo menos, al mundo católico de la Contrarreforma. He hablado aquí de desencanto, de desasociado, de pesimismo, de incertidumbre, de reflexión, de crítica, de temor, de contradicciones. Éstas son, entre otras, las características de ese curioso mundo europeo de la segunda mitad del siglo xvi, que cada vez con más atención se trata de definir en oposición, por un lado, al Renacimiento, y por otro la época barroca: el mundo del *manierismo*.<sup>82</sup> Y si hay algún término que pueda definir la actitud que he tratado de esbozar en los párrafos que anteceden, es justamente el término de *manieristas*. La Europa de la segunda mitad del siglo xvi se encontraba también falta de seguridad, al garete, desconcertada e indecisa. También para ella había sido un fracaso las grandes empresas intentadas en el Renacimiento. He citado aquí a Cervantes y a Shakespeare, lo mismo podría hacer traído a cuento a Montaigne o a Lope de Vega, todos ellos expresión de la cultura manierista. De nuestros tres historiadores y de sus contemporáneos podríamos decir que participan de una especial forma de manierismo, dependiente de su muy particular situación, de la misma manera que los pintores o arquitectos de su época participan de un especial modo de arte manierista. En todo caso, la Nueva España abandonaba definitivamente los sueños del siglo xvi y sus empresas, pero todavía no tenía una idea clara de quién era ni de cuál sería su suerte, del mismo modo que la Europa de ese tiempo, dejados atrás los ideales del alto Renacimiento, tampoco era todavía capaz de definirse en términos de conciencia.

<sup>82</sup> Entre las diversas caracterizaciones del fenómeno manierista que se han hecho últimamente, yo aceptaría como más válida (y en ella pienso al escribir este párrafo, a pesar de que no coincido en todo con él) la de Arnold Hauser: *Mannerism. The crisis of the Renaissance and the origin of modern art*, Londres, Routledge & K. Paul, 1965.